

con muchas de las cosas notables de este país, sin omitir algunas pequeñeces que, aunque insignificantes, no dudo que encontrarás gusto en leerlas, supuesto que son nuevas para tí: en la siguiente te contaré un chasco que me pasó en una iglesia protestante de la calle de Bushs.

Adios, María.

XXXII

San Francisco Marzo 20 de 1867.

AMIGA MIA:

Voy á cumplir lo que te ofrecí en mi anterior, relativo á lo que me pasó en un templo protestante el Domingo pasado.

En uno de los dias de la anterior semana, nos hallábamós reunidos Aurelio Gallardo y otros tres amigos mexicanos y se hablaba de las bonitas muchachas; bien que he visto ya algunas

chas mexicanas residentes en San Francisco.

Uno decia:

—Hombre, en la calle de Stockon viven dos lindas muchachas hijas de D. Manuel Emparan,

—¡Oh! si las conozco; Emilia y Rosa es el número 308; de veras que son guapas.

—Sí, añadió Aurelio, en esa calle vive mucha gente decente de México.

—Lo mismo que en Dupent, Market y..... añadió otro.

—¡Claro está! repuso Fernando; en esas calles vicito algunas chicas.

—¡Ya se vé! si vamos registrando calle por calle, encontraremos muchas familias mexicanas que ó han nacido en San Francisco ó han venido á establecerse: de Mazatlan, Sonora la Baja California y otras ciudades de la frontera.

—A mi me gustaria, dije yo, conocer á algunas de las muchachas mexicanas, para ver que impresion me hacen, despues de haber visto á las americanas; bien que he visto ya á algunas,

que no les son inferiores y tienen sobre aquellas ese *schic* y esa sal que se sobrepone á la misma belleza.

—Ya se vé que las has visto, dijo Fernando, no recuerdas á las hijas de D. Cosme Guerra de Sonora?

—Hombre! no me recuerdes à esas ayacadas, presumidas; esas no son ya mexicanas.

—¡Pero si te agradaria, Lupe, Ernestina y Teresa, hijas del Sr. D.... de Durango.....

—¡Ya se vé! interrumpió Fernando; por señas que he seguido frecuentando la casa de esa familia recomendable.

—Bueno, pues si Gutierrez desea conocer à otras mexicanas, las verá en masa y al escoger en la iglesia Católica de la calle de Brodway los Domingos, en la misa mayor.

—Todavía es mejor en otra parte, añadió Aurelio, y allí va la aristocracia; van las muchachas francesas, chilenas, argentinas, etc. y se pueden hacer comparaciones.

—¡Y dónde es esa parte? Pregunté

yo, por el deseo y la curiosidad que tenía de ver á mis compatriotas.

—En la iglesia francesa de la calle de Bush, respondieron varios de aquellos jóvenes; verá vd. allí lo mejor de nuestras mexicanas.

Con esta buena noticia, procuré retener el nombre de la calle y me preparé á concurrir á la iglesia mencionada el próximo Domingo, á las diez de la mañana, hora en que se decia la misa mas concurrida.

Llegó aquel, y, despues de haberme arreglado un poco y tomado un ligero almuerzo, partí á la calle de Bush y ví en efecto una iglesia con su fachada formada de una elegante columnata y á los dos extremos, escaleras que conducian á la puerta de entrada, que estaba como à tres varas de alto sobre el nivel de la calle.

Entraban al templo muchas señoras y caballeros, lujosamente vestidos: me dirigí yo tambien al interior para tomar lugar y, al estar á dos pasos de él, noté que aquel templo era protestante

y no la iglesia francesa que yo buscaba. Iba á retroceder, cuando dos caballeros de casaca negra, chaleco, corbata y guantes blancos, viendo mi indecision, se dirigieron á mi muy atentos, invitándome á que pasara y, colocándome en el centro del templo.

Por no parecer descortéz y que no notaran mi curiosidad ni que no era protestante, admité, con intencion de salirme á poco, despues de presenciar algunas de las ceremonias que practicaba el ministro en la plataforma ó presbiterio, sentado á la gran mesa cubierta de damasco, y con un libro abierto cargado sobre un cojin de terciopelo.

Se ocupan todos los asientos de la nave y, cuando quise salir de la iglesia, no era fácil verificarlo sin molestar á las personas que tenia á los lados y hacerme notable; por lo que desde ese momento, me consideré cogido en una red y que era necesario sufrir la parada hasta que aquel ejercicio concluyera, que no dejó de ser bastante prolongado.

¡Que chasco me pegué!

Hacia un instante apenas que yo había llegado y comenzado las ceremonias cuando, te vés á reir, María, un individuo que se hallaba en el asiento inmediato, tal vez por urbanidad, tomó una biblia de las que había en una tablita pegada al respaldo de los asientos lo abrió y me señaló la parte en donde debía leer.

¡Que apuros!

Yo no sabía una jota de inglés, pues hacia pocos días que había llegado á San Francisco y al recibir el libro, pensé devolverlo, considerándolo inútil; pero reflexioné al mismo tiempo, que si tal cosa hacía, me denunciaba como intruzo en aquella iglesia y si aquel individuo era tal vez, maestro de ceremonias me exponía á que me lanzara de allí con cajas destempladas, abochornándome delante de aquella brillante concurrencia.

Pues señor, toleré la parada y me resigné para disimular, á hacer cuanto vieira que hacian los demas.

Tomé el libro fingiendo que leía: cuando observaba que las personas que merodeaban, lo cerraban, hacia yo otro tanto; si lo ponian sobre la repisa, idem; si lo volvian á tomar y á abrir, repetia la accion y así sucesivamente.

Un orangutano no habria imitado tan exactamente los movimientos que yo, con la misma gravedad y mesura que todos los circunstantes. Si tú, Maria, ó mis amigas de México, me hubierais visto por un agujerito, se habrian tendido de riza al ver á un protestante de nuevo cuño y, sobre todo, de verme con la biblia en la mano muy atento, leyendo en ingles, sabiendo que este idioma era griego para mí.

A poco, se colocaron frente al Ministro, dos charolas de metal blanco ó plata perfectamente labradas, conteniendo cada una enormes panqués hechos pequeñas rebanadas: el ministro comenzó á decir algunas palabras y á practicar ciertas ceremonias sobre esos objetos, á la vez que yo notaba que salia alguna gente de la iglesia: Yo me detuve ma-

quinalmente para ver el fin que tendrían los atractivos panqués, cuando á poco ví que aquellos dos elegantes tornaban las charolas y caminando por ambos extremos de las bancas, las acercaban á la concurrencia y, cada persona, con la mayor veneracion, tomaba una rebanada, la ponía en la boca y se cubria el rostro con el pañuelo en actitud de quien medita.

Entónces comprendí, aunque tarde, que se trataba de comulgar y que la gente que habia salido, seguramente no tenia las disposiciones necesarias para verificarlo.

¿Me deberia haber salido en el acto? Habrian creído que yo estaba loco.

Pensando esto, me guardé de hacerlo, y más que se observaba un profundo silencio; estaba yo sentado en el centro de la concurrencia y consideraba que me hacia notable con mi salida.

Entonces dije entre mí: ¡pues á almorzar panqué que estará muy sabroso! Y me resigné á comulgar como los demas.

Me reia interiormente y al mismo tiempo tenia algun temor de que me juzgaran intruso y que por lo mismo se resistieran aquellos maestros de ceremonias en acercarme la comunión; me parecia que en la cara me conocian la superchería; pero esta misma circunstancia me hacia disimular y decidir á tomar valientemente mi parte de panqué.

¡Llegó el fatal momento!

Se acerca á mi uno de los individuos con la charola: me la presenta y yo arrogantemente tomo mi tajada y ¡zas! á la boca, tomando acto continuo el pañuelo, cubriéndome é inclinándome hipócritamente, en profunda meditacion como los demas; mas no era esto solo; sino que con esta accion, ocultaba y procuraba contener la riza que me retezaba interiormente.

En fin, así cubierto el rostro, saboreaba el bizcocho, que á la verdad era igual ó superior á nuestros mamones.

Pero me esperaba otra nueva sensa-

ción que debía ser el cumplimiento de la del panqué, el vino.

Cuando hubieron comulgado todos el cuerpo de nuestro señor Jesucristo, debía seguirse con la sangre.

Toma entonces el ministro dos grandes calices de cristal llenos de esquisito vino de parra; los bendice, pronuncia sobre ellos otras palabras y los señores maestros de ceremonias, emprendieron un nuevo viage con ellos, repitiendo la operacion de los *panqués*, así como la concurrencia, de cubrirse el rostro y meditar despues de haber gustado el vino. Inútil es decir que yo, me eché á pechos un valiente trozo de aquel rico vino que me supo á gloria, inclinándome y cubriéndome como los demas, pero para saborearlo y reir más alegremente.

Siguió á esto la plática en inglés y esto si ya no me agradó mucho, porque en primer lugar no la comprendia y además era ya bastante atrazado el tiempo y se acercaba la hora de ir á almorzar con la familia del cónsul mexi-

cano por el que estaba yo invitado desde la víspera.

Pasaba el tiempo y el ejercicio no concluía.

Me daba ya al diablo; me desesperaba y maldecia la equivocacion de que habia sido víctima, entrando á esta iglesia, en lugar de la francesa, en donde me habrian esperado mis amigos, y me habia privado igualmente de gozar la vista de mis lindas compatriotas, en vez de estar oyendo un idioma que no entendia é ir á tomar panqué y vino de parra.

Pero no habia remedio: era necesario esperar porque nadie se movía de su asiento.

Hasta que Dios quiso que aquella farza terminara y entonces salí, atropellando á algunas de aquellas gentes y me lancé á la calle porque era la una del día y estaba yo citado á las doce para el almuerzo.

Cuando llegué al consulado y conté la emergencia que me habia pasado, para disculparme de mi tardanza, reian

Godoy y su señora, haciéndoles coro las demas personas que allí se hallaban.

En la mesa, al quitar los sabrosos platillos que se servian, los sazónábamos, hablando de las excentricidades del país y haciendo comentarios más ó ménos epigramáticos: se mencionaban los paseos ó días de campo que los americanos llaman *Ptek-nicks*, de Chiff-House Woodward's Garden y otros, recomendándome no dejara de conocer estos lugares que eran encantadores, tenian su tipo especial y una gran novedad para mí.

Un buen amigo que nos acompañaba en la mesa, propuse hacer un paseo á Chiff-House terminado el almuerzo; invitacion que no aceptaron los demas señores porque tenian ocupaciones; pero Aurelio Gallardo me excitó á admitirla ya que se presentaba ocasion de que yo conociera el referido paseo.

En efecto, se mandó traer un *voghe* de dos asientos tirado por un caballo y Kunard y yo, volábamos á poco por las afueras de la ciudad en direccion de

Chiff-House que estaba situado hácia el Sudeste de San Francisco.

El camino que llevabamos no carecia de interés por los demas vehículos que se dirigian al mismo punto que nosotros ó volvian de allí, en los que se veian parejas de novios, radiantes de felicidad. En los más se admiraban esas divinas mugeres que como una vision se perdian á poco en un torbellino de polvo en el que se mezclaban las cintas de seda y los rizos de oro. O era una jóven que como en las carreras olímpicas, dirigia ella sola su faeton y pasaba como una electricidad dejando en la imaginacion de los paseantes esa ilusion de arcángel que se mira en un sueño.

Por uno y otro lado se elevan algunas lomas descarnadas y entre estas, hácia el Norte, se descubrian á poca distancia, el cementerio de los protestantes y el de los católicos; al frente y al confín, formaba lontananza el Océano, cuya superficie rielaba con los dorados rayos del sol suspendido del firmamento.